

“



”

FILOSOFÍA LITERATURA y

DOS ALAS DE UN MISMO PÁJARO

JEFFERSON PIERRELUS*

Para el autor, estas dos disciplinas nos invitan a pensar la vida y a vivir el pensamiento con algunos destellos de locura e imaginación. Permiten comprender mejor la vida y la existencia humana.

* Coordinador del Diplomado de Literatura del ITESO.

No es justo separar lo que el sino ha unido, a saber, razón e imaginación, *ellogos* y lo demoníaco. Filosofía y literatura son alas que nos permiten sobrevolar el cielo humano. A través de ellas, y por lo que nos han dado, podemos balbucear o acercarnos a nuestra realidad humana con menos sobresalto y más serenidad. Cuando el mundo nos parece absurdo, bajo sus alas podemos cobijarnos. La mirada de estas hermanas gemelas penetra nuestro mundo y tiempo, atraviesa toda la fiebre de actividad y afán de sobresalir para dejarnos con una sencilla pregunta: ¿somos felices? Esa mirada desnuda toda la superficialidad de un espiritualismo fingido y sin fondo.

La filosofía y la literatura acarician el inmenso deseo de dotar de un nuevo sentido a la vida: la literatura exige a la filosofía hacer buen uso de la razón, es decir, desnudar la realidad humana a fin de que esta deje de esconderse detrás de los escombros de sus justificaciones racionales pero falsas; y la filosofía le pide a la literatura que le acompañe en los caminos cavernosos y tenebrosos de la existencia, donde la razón contempla el baile de lo indecible. Como dice Bataille: “Sólo una razón intacta puede tener por objeto e interés aquello que excede la razón”.¹ Si la filosofía busca decirnos qué es el hombre, la literatura en cambio nos pregunta si seremos capaces de amarlo, y a veces nos enseña el camino a seguir. ¿Cómo amar a la filosofía y a la literatura, mantener esa atractiva tensión en este mundo tan lleno de dicotomías y contrastes, con tanta parcelarización del saber, tan falto de diálogo interdisciplinar?

Si la filosofía busca comprender y explicar el Ser, la literatura trata de hacernos habitar en él, tal y como es, no como debería ser. De hecho, la filosofía busca comprender y explicar el caos, el mundo; la literatura, volver habitable el absurdo a través de la fantasía y la imaginación. Amar al ser humano por sus flaquezas y fortalezas, por sus vicios y virtudes, es el fin buscado por la verdadera y buena literatura. De nuevo, ¿la filosofía y la literatura pueden

vivir juntas? Un intento de respuesta a esta pregunta nos lleva a una de las correspondencias de Hölderlin, donde en una carta a Neuffel escribió:

Ay, el mundo amedrentó mi espíritu desde la primera juventud y sufro por ello. Existe un hospital, ciertamente, donde todo poeta desgraciado como yo puede refugiarse todavía con honor: la filosofía. Pero no puedo abandonar mi primer amor, las esperanzas de mi juventud, y antes preferiría perecer sin mérito que alejarme de la dulce patria de las musas de donde solamente me ha apartado el azar.

Parece muy extraño y a la vez iluminador que Hölderlin haya comparado la filosofía con un hospital. Bella y llamativa metáfora, ya que el hospital es el lugar del imperio de lo racional, del análisis, del diagnóstico, de lo cerrado; el intento de reducir para comprender, de buscar la estabilidad y el alivio a nuestros males, angustias y heridas de la vida. La píldora filosófica calma o cura los dolores, alivia las penas y consuela. Mas no puede renunciar a su primer amor, a lo demoníaco, a navegar en las turbulentas aguas de la existencia; no puede renunciar a lo indecible, a su locura, al espíritu perturbador de la *poiesis*.

Sin embargo, el carácter de la realidad humana y social nos obliga a cruzar la frontera que separa a la filosofía y a la literatura. Esa no es una disciplina aislada, sus contornos están bañados por aguas literarias y científicas; de hecho se entrecruzan. La literatura es, por necesidad, una trasgresión, una suspensión del orden de las necesidades, dice Bataille.² La misma idea es formulada por Schiller, cuando sostiene que el arte, para el caso que nos interesa, diríamos la literatura, ha de elevarse con honesta audacia por encima de las necesidades, porque el arte o la literatura es hija de la libertad y sólo ha de regirse por la necesidad del espíritu, no por meras exigencias materiales.³

A la eterna pregunta de la filosofía, a saber qué es el hombre, la ciencia responde de manera puntual y cerrada,

1. Bataille, Georges. “L’au-delà du sérieux”, en *Critique*, núm.58, París, 1952.

2. Bataille, Georges. *La experiencia interior*, Taurus, Madrid, 1973.

3. Schiller, Friedrich. *Cartas sobre la educación estética del hombre*, Anthopos, Madrid, 1990, p.117.

es decir, respuestas que pueden ser comprobadas y validadas por la razón, mientras la literatura ofrece miles de posibilidades de ser uno mismo. La filosofía exige unidad y la literatura variedad. Cuando leo la gran literatura, repitiendo a C.S. Lewis, me convierto en mil personas diferentes sin dejar de ser yo mismo.⁴ El yo se despliega; la literatura nos proporciona esa capacidad de salir de nosotros sin abandonarnos, de adoptar miles de caras, de sentir con otros corazones sin dejar de ser uno mismo. Fichte había proclamado la escisión del yo al sostener que este no tiene el carácter monolítico e indivisible de una mónada sino que, al contrario, por su propia constitución está desgarrado, desdoblado.⁵ Lo planteado por Fichte es debatible, una cosa es demostrar la multidimensionalidad del yo, otra es radicalizar esa escisión.

En este sentido, la literatura nos ofrece la posibilidad de un encuentro con nosotros mismos; es el espejo para vernos reflejados en otros y tocarnos. En verdad, confiesa Hermann Hesse a través de Harry, su personaje principal de *El lobo estepario*: “Todos los hombres debían ser espejos los unos para los otros y responder y corresponderse mutuamente, pero algo nos impide ver y leer en los ojos de los demás, y ya no nos importa nada de nada”.⁶ La filosofía y la literatura, sin descuidar a la psicología, son disciplinas dotadas de valor y sentido de responsabilidad para ayudar al ser humano en su incesante proceso de humanización. Ambas nos llevan sigilosamente a descubrir que el yo no es una unidad sino un cielo tachonado de otros yo; que el alma es una multiplicidad del yo, como afirma Hermann Hesse,⁷ por tanto, es una inmensa posibilidad de ser, o dicho en lenguaje existencialista, es un siempre devenir. La literatura desmonta la idea de la uni-

dad del yo para enriquecerlo. Bajo esa lógica se entiende su influencia sobre autores como Marx y Freud, dos grandes destructores del yo. El primero nos dice que la estructura social es la que va a determinar la identidad del yo, ya que la posición social no es elegida por él; mientras el segundo nos dice que el yo no es plenamente consciente, por ende racional, de sus propios actos, ya que es movido por sombras misteriosas, desestabilizadoras del inconsciente.

Si no existe un yo unitario, indivisible, la literatura nos hace caer en cuenta que compartimos una misma condición humana. Nos lleva a abrazar más mundo, acogerlo en el corazón y sentirnos profundamente solidarios del género humano. La literatura permite a la filosofía darse cuenta de que el yo está pregnado del otro, como lo descubrieron, entre otros, Levinas⁸ y Buber.⁹ El otro ha hecho irrupción en nosotros y habita entre nosotros; una de las verdades filosófico-literarias.

Movido por esta concepción y esas verdades, un apasionado de la filosofía y de la literatura, que tiene conocimiento de la altura y del abismo de la naturaleza humana, no puede aceptar vivir en un mundo superficial, de sometimiento del propio yo ni del otro, y mucho menos vivir en un mundo de sentido común, porque sabe unir, como dice Schiller en una espléndida concepción de lo humano, la juventud de la fantasía y la virilidad de la razón.¹⁰ Si llega a hacerlo, se abre con dolor y desgarramiento a la indiferencia del mundo; vive en ese mundo pero no es de ese mundo, no comparte sus valores. No puede ser feliz en medio de la mediocridad hecha virtud y con tan poca cosa. Tampoco puede renunciar al ejercicio del pensamiento y de la imaginación; es mejor perder todo para encontrarse consigo mismo y ser fiel a la verdad y a la autenticidad.

4. Lewis, C. S. *La experiencia de leer: un ejercicio de crítica experimental*, Alba, Barcelona, 2000.

5. Bodei, Remo. *Hölderlin: la filosofía y lo trágico*, Visor Distribuciones, Madrid, 1990, p.12

6. Hesse, Hermann. *El lobo estepario*, Época, México, 1977, p.131.

7. *Ibidem*, pp. 57-60.

8. Para mayor profundización, véase Levinas, Emmanuel. *La huella del otro*, Taurus, México, 2000, y *Entre nosotros: ensayos para pensar en otro*, Pre-textos, Valencia, 1993.

9. Buber, Martin. *Yo y tú*, Caparrós, Madrid, 1998.

10. Bodei, Remo. *Op. cit.*, p.16.

Por esa razón, se convierte muchas veces en un extraño en medio de este mundo. *El extranjero* de Camus es una prueba irrefutable de lo que cuesta ser uno mismo, vivir en la honestidad. Mersault, personaje principal de esa obra, es rechazado por una sociedad que teme a la verdad; María, su novia, es parte también, en cierta forma, de este mundo que prefiere mejor una falsa alegría a una auténtica tristeza.¹¹ Lecturas de esta índole, además de llevarnos a un encuentro con nosotros mismos, nos incitan a tejer y destejer nuestra realidad humana, usando un término de Derrida. La literatura lleva a vivir la vida con una pizca de locura, a ser rebeldes frente a todo lo que denigra y atenta contra la dignidad humana; quizá ella puede aún arrancarnos de las garras de la máquina, del consumismo y de la rutina, carentes de corazón y de deseo, que nos impiden ver al otro, y ayudarnos con la ayuda de la filosofía a lanzar una comprensiva mirada en el vacío de nuestro ser y descubrir que vivir es un convivir, y no es tan fácil.

También nos brinda la posibilidad de abrir la cárcel de lo cotidiano para dejar que el viento de la fantasía, de la libertad de espíritu, refresque nuestras vidas aletargadas; nos dibuja la silueta de un nuevo modo de ser. *El principito* de Saint-Exupéry¹² nos viene a decir —en el recorrer de sus planetas y en su encuentro con el zorro— que hay algo que aún no obedece a la vanidad, a la avaricia ni a los valores de este mundo sino que se abre a la espontaneidad de la gratuidad, a la frescura y sentido de responsabilidad de la amistad y a la jovialidad de la verdad. Filosofía y literatura se erigen en una pequeña rendija por donde se filtra una luz que puede iluminar nuestras angustias, enseñarnos a vivir mejor y a morir con serenidad.

Con sus palabras bien esculpidas y la elegante sencillez con la que escudriña nuestro ser nos desnuda a través de sus múltiples personajes; la literatura toca nuestro corazón y abre nuestra razón para que, al contacto con sus palabras, la vida vuelva a florecer o termine de marchitarse.

Parfraseando un pasaje del Evangelio, podemos decir que la piedra rechazada por la filosofía, la fantasía, la imaginación o, como dice Platón, la parte no racional del alma, se vuelve la piedra angular de la literatura y sin renunciar a la razón. La literatura se expone a los vendavales racionales de la naturaleza humana y expone las verdades y preguntas álgidas de la filosofía. Intenta balbucear el nombre de lo indecible, es conocimiento de la otredad y, por ende, un darnos cuenta de que compartimos una misma realidad humana.

La literatura, dicho de otro modo, la buena literatura, no busca sacarnos de la *paradoxa* sino instalarnos mejor en ella; nos lleva sigilosamente a bailar sobre el abismo de nuestro ser, a vivir la *kenosis*, donde el lenguaje se vacía de sí mismo, para contemplar con serenidad y en silencio la desconocida figura de la angustia, de la vida y de la muerte.

Filosofía y literatura nos ayudan no sólo a buscar otro modo de decir y entender las cosas sino el modo de decir lo otro y de acercarnos a él. Razón y corazón son dos dimensiones fundamentales en la comprensión de lo real. El camino que lleva a una buena intelección, al convencimiento, pasa por el corazón, o como dice Schiller: “Hay que abrir a través del corazón la vía que lleva a la cabeza”.¹³ No hay aprendizaje humano significativo al margen del sentir, alejado del latir del corazón. La literatura ayuda, precisamente, a educar el corazón y la razón a que sepan sentir con el otro, comprenderlo y quererlo con sus diferencias. Igual que en tiempos de Schiller, la educación del sentimiento sigue siendo una asignatura pendiente.

La literatura y la filosofía, entre otras disciplinas, pueden ayudar a llevar a cabo esa educación, teniendo como fiel compañero al silencio frente al bullicio tecnológico e imperativo que nos impone el mundo. La literatura y la filosofía son eso, una incitación al silencio. Para Kierkegaard, en efecto, el silencio es la vía para acceder a Dios

11. Véase el juicio y la condena de Mersault, en Camus, Albert. *El extranjero*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.

12. Saint-Exupéry, Antoine de. *El principito*, Diana, México, 1998.

13. Bodei, Remo. *Op. cit.*, p.19.

y al hombre, es trasfigurador. Dice el pensador danés: “Todos los que saben callarse llegan a ser hijos de los dioses, pues es callándose como nace la conciencia de nuestro origen divino”.¹⁴ Hablamos de silencio, mas no de mutismo. Podemos decir que la literatura y la filosofía son lo que el silencio susurra, deja a su paso, al permitirle recorrer nuestras vidas. Por eso buscan siempre sus propios caminos, alejándose del utilitarismo, inmediatismo y de la servidumbre. Donde les proponen placer prefieren alegría; en lugar de dinero buscan el ocio recreativo; en vez de imposición ofrecen posibilidad de ser y de hacer; en lugar de actividad rutinaria y remunerable piden verdadero trabajo, y en vez de comodidad exigen libertad.

Si lo que constituye la literatura y la filosofía es la dinamicidad, la inquietud permanente por escudriñar la vida humana, de esa premisa podemos avanzar que la literatura no es el motor inmóvil de Aristóteles sino una realidad en devenir, una constante búsqueda de sí mismo y del otro en el mundo, que se nutre de la filosofía y ayuda a esta a comprender la inasible condición humana. Por lo que la literatura es y será perturbadora, inquietante. Nos hace unos errantes sin fin, nos ubica en un tiempo y espacio donde ya nada es igual, o dicho de otro modo, donde todo es el mismo, pero no lo mismo, parafraseando a Xavier Zubiri.¹⁵

Gracias a la literatura, la filosofía descubre que la verdad que quiere decir no siempre es decible, reclama de metáforas y símbolos para balbucearla; es palabra como ella, se nutre del *logos* y de algo más. Filosofía y literatura nos invitan a pensar la vida y vivir el pensamiento con algunos destellos de locura e imaginación. Permiten comprender mejor la vida y la existencia humana; nos llevan a cuestionar verdades ya asimiladas. Son como el amor: capaces de marcar una vida, de torcer el curso de nuestra existencia y descubrir que ser humano es mucho más com-

plejo que “el hombre es de Marte y la mujer de Venus”.

Después de leer una gran obra literaria, que siempre esconde una profunda filosofía, es necesario ponerle un adjetivo más al amor y a la vida. En este sentido, el humilde papel de esas disciplinas es transmitir no tanto un saber sino una cultura que nos permita comprender nuestra condición humana (recordando a Malraux) y ayudarnos a vivirla. Su tarea consiste también en fomentar un pensamiento abierto, crítico, tolerante y libre. La buena literatura no anda por las ramas; nos permite comprender el por qué de las cosas y se convierte, junto con la filosofía, en una disciplina cuyo difícil tema de estudio es la compleja realidad humana.

Para concluir, podemos afirmar que toda gran obra literaria nos ofrece un pensamiento profundo sobre la condición humana; es una filosofía del hombre y nos introduce en la dimensión estética y ética de la existencia, porque es a través de la belleza como se llega a la libertad, nos recuerda Schiller,¹⁶ para después arrojarnos al turbulento mar del amor, que correspondería al estado religioso de Kierkegaard.¹⁷ Filosofía y literatura son dos componentes indispensables de la vida, ya que nos confiesan que el ser humano está hecho para el amor, la rebeldía, el dolor y la muerte. Si es la razón la que hace al hombre, es el sentimiento que le conduce, nos dice Rousseau, en la *Nouvelle Héloïse*.¹⁸ La recomendación de Schiller y la afirmación de Rousseau son más que vigentes: hay que educar el sentimiento. No podemos separar la luz y la sombra, ya que toda luz genera su propia sombra; no separemos filosofía y literatura, ya que son dos valiosas maneras de contemplar y comprender mejor la realidad humana. Si eliminamos una de las alas de ese pájaro, la precipitación puede ser fatal. No dividamos lo que nuestros predecesores nos han dejado en herencia. Hagamos algo antes de que sea demasiado tarde. ■

14. Kierkegaard, Soren. *Diario de un seductor*, Ediciones 29, Barcelona, 1997.

15. Véase Zubiri, Xavier. *La inteligencia humana: inteligencia sentiente: inteligencia y realidad*, Alianza, Madrid, 1998.

16. Schiller, Friedrich. *Op. cit.*, p.121.

17. Véase Kierkegaard, Soren. *Con temor y temblor*, Nacional, Madrid, 1981.

18. Schiller, citando a Rousseau. La cita original es: “Si c’ est la raison qui fait l’ homme, c’ est le sentiment qui le conduit”, p.110.